

Alteridad del pasado, indisciplina del presente Karl Polanyi, Otto Brunner y los usos de la Vieja Europa¹

Jesús Izquierdo Martín
Universidad Autónoma de Madrid

OTHERNESS OF THE PAST, INDICIPLINE OF THE PRESENT.
KARL POLANYI, OTTO BRUNNER AND THE USES OF OLD
EUROPE

Resumen

¿De qué manera podrían ayudarnos las investigaciones históricas de dos ciudadanos del desaparecido Imperio Austro-húngaro a reflexionar sobre las salidas posibles a la actual crisis europea? El presente artículo tiene como objetivo revisar y actualizar la apuesta que en su momento hicieron Karl Polanyi y Otto Brunner por reivindicar la radical alteridad de la Vieja Europa con el fin de desestabilizar las pretensiones universalistas inherentes a las categorías de la economía política, categorías en las que seguimos estando atrapados, cercenando nuestro pensamiento alternativo.

Palabras clave

Usos de la historia, extrañamiento, alteridad, Vieja Europa, economía política, oeconomía.

Abstract

How could the research historical work of two citizens of the former Austro-Hungarian Empire help us think about possible solutions for the current European crisis? This article revisits and updates the Karl Polanyi's and Otto Brunner's project. They affirmed the radical otherness of the Old Europe in an attempt to destabilize the universalist claims, inherent to the fossilized categories of political economy. We are still nowadays caught by such categories, curtailing an alternative way of thinking.

Key Words

Uses of history, otherness, Old Europe, political economy, oeconomia

Jesús Izquierdo Martín
*Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Autónoma de Madrid,
Campus de Cantoblanco, c/ Fco. Tomas y Valiente 1, 28049 Madrid.
E-mail: susoizquierdo@yahoo.es*

¹ Sin el diálogo siempre fructífero con Esther Pascua Echegaray, Pablo Sánchez León, María Gómez Garrido y Juan Carlos Salazar Elena este texto nunca hubiera sido posible. Vaya hacia ellos, como es habitual, todo mi agradecimiento.



Alteridad del pasado, indisciplina del presente

Karl Polanyi, Otto Brunner y los usos de la Vieja Europa

Jesús Izquierdo Martín
Universidad Autónoma de Madrid

*“Se han destruido todos los puentes entre nuestro Hoy,
nuestro Ayer y nuestro Anteayer”*
Stefan Zweig, 1941

Con una seguridad semejante a la que sentíamos la mayoría de los españoles antes de la crisis iniciada en 2007, todo parecía atado y bien atado para la generación que creció a la sombra del Imperio Austro-Húngaro en la segunda mitad del siglo XIX y a la que pertenecía el autor de *La Gran Transformación*, Karl Polanyi. Tal y como describió aquel período otro ciudadano del imperio, el escritor Stefan Zweig, en una de las obras maestras de la literatura germana, *El mundo de ayer*, los centroeuropeos habían experimentado una prolongada sensación de parsimoniosa tranquilidad: *“Todo en nuestra monarquía austriaca casi milenaria parecía asentarse sobre el fundamento de la duración, y el propio Estado parecía la garantía suprema de esta estabilidad”*². Pero no se confunda el lector, las palabras del austríaco nacido en la Viena de 1881 no eran un nostálgico llamamiento a recuperar el pasado en el que se desarrolló su infancia. En su autobiografía Zweig da suficientes muestras de la agria animosidad que sentía hacia aquella época debido al ensimismamiento conformista de la generación de sus padres y abuelos. El enunciado tenía otro objetivo: contrastar aquel pretérito quietista con la Europa de 1941 con el fin de destacar, una por una, las miserias del siglo XX: *“Por mi vida han galopado todos los corceles amarillentos del Apocalipsis, la revolución y el hambre, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración”*. Un año más tarde, el apátrida Zweig, perseguido en su Austria natal por su condición judía, se suicidaría en Brasil junto con su segunda esposa, dejando tras de sí un legado de humanismo y una narración inigualable de la sorpresa que muchos europeos experimentaron ante la avalancha de acontecimientos que negaban insistentemente las optimistas filosofías de la Historia que el siglo XIX había elaborado tras la “muerte de Dios”, ya fuera la emancipación de la clase obrera, el surgimiento de la sociedad comercial sin Estado, o un futuro de progreso técnico y moral sin límites.

Para Zweig los violentos cambios que eslabonaban dos guerras mundiales sin parangón y una crisis socioeconómica sin precedentes eran inexplicables a la luz de la tradición de

tolerancia que había heredado de una familia burguesa e intelectual, profundamente enraizada en un imperio multicultural. Y fue precisamente ese bloqueo intelectual el que le indujo a pensar históricamente con el fin de hallar alguna razón para explicar por qué su generación había sido *“la única que ha cargado con el peso del destino, como, seguramente, ninguna otra en la historia”*. Apenas vislumbró alguna explicación convincente para las grandes transformaciones acontecidas; pero no por ello *Memorias de un Europeo*, subtítulo de su autobiografía, deja de ser un libro de historia; eso sí, de un tipo de historia que emplea de manera magistral recursos narrativos –más que explicativos– para compartir con los lectores el sobresalto que toda una generación sintió ante el desmoronamiento del mundo que había compartido con sus inmediatos antecesores.

Karl Polanyi y Otto Brunner, ambos nacidos en Austria en 1886 y 1898, respectivamente, en el seno de una familia judía húngara, el primero, y austríaca el segundo, pertenecían a esa generación que según su compatriota Zweig *“ha visto su más íntima existencia sacudida por unas convulsiones volcánicas –casi ininterrumpidas– que han hecho temblar nuestra tierra europea”*. Con el escritor, ambos compartieron nacimiento y juventud *“en un imperio grande y poderoso”*, pero también fueron testigos de su desaparición del mapa, desmembrado tras una tormenta política sin precedentes –la Primera Guerra Mundial– que desembocaría en el primer vendaval socioeconómico del capitalismo –la recesión de los años 30– y finalmente en el huracán de sangre y fuego que el nazismo desató en Europa a partir de 1939.

Como le ocurriera a Zweig, el científico social Polanyi y el historiador Brunner se vieron compelidos a mirar hacia el pasado con el propósito de explicar los virulentos cambios que habían experimentado en tan poco tiempo en comparación con sus ancestros, cuyas vidas, si acaso, habían estado jalonadas de *“emociones pequeñas y transiciones imperceptibles”*. Esa sensación de crisis, en el sentido griego, de una fractura de lo cotidiano que conduce a intentar seguir por el camino conocido o a emprender un nuevo derrotero teniendo en cuenta lo acontecido, fue la que condujo a aquellos dos investigadores a centrar sus reflexiones en torno a las consecuencias sociales de la mercantilización de las relaciones humanas y más concretamente a una indagación histórica

² Las citas de Zweig que aparecen en esta introducción proceden del capítulo primero de su autobiografía, cuyo título es bien ilustrativo de la imagen que el austríaco se había hecho del siglo XIX y que muchos de sus compatriotas compartían: *“El mundo de la seguridad”* (Zweig, 2001: 17-49).

sobre la arqueología de la economía política y su triunfo sobre formas previas de intercambio.

Al igual que aquellos tres grandes pensadores de una Europa asediada por la incertidumbre, nosotros también nos enfrentamos a una crisis socioeconómica que, como no puede ser de otro modo, dado el carácter irrepetible del devenir histórico, no tiene parangón. Y no sólo por sus orígenes que, aunque semejantes a otras crisis previas, como las que eclosionaron a nivel mundial en 1929 o en 1973, tienen su evidente particularidad. Su especificidad también radica en la propuesta hegemónica para dar solución al desbarajuste, pues si bien las dos principales crisis del siglo XX terminaron modificando el equilibrio de fuerzas entre Estado y mercado, aumentando el peso del primero en detrimento del segundo desde 1945 a 1973, y operando inversamente a partir de la segunda mitad de los años 70, la salida planteada –y paulatinamente impuesta– por la mayoría de los Estados afectados y las organizaciones internacionales consiste ahora en convertir la causa de la crisis –la creciente desregulación de los mercados– en la única solución plausible. De manera que cuando creímos que había llegado el momento de repolitizar de nuevo el mercado, de refundar el capitalismo sobre bases más cívicas, este se ha revuelto con la connivencia de numerosas instituciones políticas, mientras los ciudadanos, intelectivamente bloqueados, nos preguntamos, al igual que aquellos tres austro-húngaros ya desaparecidos, cómo hemos llegado hasta aquí³.

El objetivo de este texto no es interpretar los orígenes históricos de la presente crisis a la luz de las reflexiones de Karl Polanyi y Otto Brunner. Más bien es una apuesta por actualizar –en el sentido de repensar para nuestro presente– el tipo de acercamiento que ambos hicieron al pasado con el propósito de desestabilizar las categorías convertidas en metáforas muertas, en verdades indiscutibles, por sus coetáneos. Ninguno de los dos leyó ni supo del otro, muy probablemente por haber adoptado posiciones diametralmente opuestas frente al nazismo dominante en Austria tras el *Anschluss* de 1938, convirtiéndose el primero en víctima –por su condición judía y su apuesta socialdemócrata– y el segundo en victimario –debido a su apoyo manifiesto al totalitarismo pangermánico aun sin defender explícitamente el antisemitismo. Con todo, ambos estaban conectados no sólo por el espíritu de una época en crisis, sino por una casi obsesiva necesidad de desvelar las pretensiones de universalidad y ahistoricidad de los conceptos de la economía política con las que sus contemporáneos pensaron el mundo y obraron sobre él hasta conducirlo al desastre. Ambos dialogaron con el pasado precapitalista considerándolo un lugar habitado por categorías extrañas cuyo rescate podía contribuir a recordar a sus conciudadanos, encantados por las voces del liberalismo, que hubo otras formas de relacionarse con el mundo,

formas mucho más longevas que las mercantiles, pero como esta destinadas a cambiar o desaparecer. Es en este sentido donde reside la utilidad de poner en contacto –reconociendo el forzamiento epistemológico que la tarea implica– las interpretaciones que, de la Vieja Europa y su destrucción, hicieron Brunner y Polanyi: su reivindicación de la alteridad del pasado como artificio para producir el nuestro extrañamiento frente a los conceptos que nos son tan familiares que obstaculizan la emergencia del pensamiento alternativo. Pues, a fin de cuentas, ¿no estamos también nosotros atrapados en el canto de sirena de la economía política, hasta el punto de impedirnos pensar el futuro de otra manera, incluida la salida de la actual crisis? Comprobemos ese doble juego que empieza interpretando el pasado como un lugar extraño para indisciplinar luego nuestro presente familiar.

1.- El pasado como un lugar extraño.

“El papel dominante desempeñado por los mercados en la economía capitalista... requiere una investigación cuidadosa de la naturaleza y el origen de los mercados, si se quieren descartar las supersticiones económicas del siglo XIX”

Karl Polanyi, 1944

Aún siendo uno de los padres fundadores de la antropología económica –disciplina que lograría su pleno reconocimiento tras la Segunda Guerra Mundial–, la obra más conocida de Karl Polanyi, *La gran transformación*, es el trabajo de un científico social que operó como historiador para dar cuenta de los orígenes de la catástrofe experimentada en el mundo occidental de entreguerras como consecuencia de la destrucción sistemática de los vínculos intersubjetivos tradicionales en favor de la mercantilización de las relaciones humanas desde finales del siglo XVIII y especialmente durante la centuria del capitalismo salvaje, el siglo XIX (Moreno Feliu, 2011). Ahora bien, la minuciosa investigación polanyiana no sólo tiene como objetivo reconstruir el proceso de desocialización de la producción y distribución y la consecuente aparición de una esfera supuestamente autónoma que conocemos como economía; *La gran transformación* es ante todo una obra que escudriña críticamente el surgimiento y triunfo del imaginario social con el que se implantó, explicó y justificó dicho proceso, esto es, la economía política (Polanyi, 2003).

El proyecto histórico de Polanyi consiste en construir un relato que sirva como contrapunto a la narrativa liberal según la cual el pasado premercantil europeo es sólo la prehistoria defectiva de una Historia Universal –de orígenes hegelianos– en la que los europeos habrían logrado entrar una vez que se liberaron voluntariamente de las ineficientes apariencias culturales, hasta el punto de descubrir la institución humana por excelencia, el mercado autorregulado, una institución que además de propiciar el progreso podría llegar a convertirse en cemento del orden social prescindiendo así del pactismo

³ Karl Polanyi falleció en su exilio canadiense en 1964, mientras que Otto Brunner lo hizo en su Austria natal en 1982. La justicia, una vez más, no acompañó la vida de víctimas y victimarios.

interindividual o del coactivo Leviatán⁴. Contra esta filosofía moderna de la historia, Polanyi enfrenta una narración articulada a partir de la investigación sobre los orígenes y consecuencias de la Revolución Industrial inglesa –una investigación que el húngaro realizó durante su exilio londinense, al que se vio obligado tras el ascenso de Hitler al poder en 1933– en la que denuncia abiertamente la violencia escondida bajo la supuesta construcción pacífica del mercado: según Polanyi, la Paz de los Cien Años (1815-1914) no fue más que un eufemismo tras el cual se ocultan las fuerzas coactivas que dieron lugar no sólo al mercado colonial internacional, sino también a los distintos mercados nacionales, erigidos a partir de una sistemática agresión extraeconómica –epistémica y práctica– contra cualquier institución de la Vieja Europa que no encajara en la mercantilización y cosificación de los hombres, ya fuera la propiedad comunitaria de la tierra, ya la propiedad amortizada de la Iglesia o la nobleza.

Pero la interpretación histórica de Polanyi no se conforma con desvelar la concurrencia de instituciones extramercantiles en el origen del mercado, hecho encubierto en el relato mítico de la economía política. Su interpretación del pasado capitalista va más allá hasta el punto de poner de manifiesto el sesgo sistémicamente extraeconómico de la reproducción del mercado, incluso durante el siglo XIX momento en que el liberalismo pareciera haber disfrutado de una incontestable hegemonía. Basta con prestar la atención debida a la cadena de intervenciones gubernativas que según el húngaro acabaron por alumbrar el totalitarismo en la Europa de entreguerras: la institucionalización de un sistema internacional de intercambios monetarios –el patrón oro– habría conducido paradójicamente a un creciente intervencionismo estatal en la conservación del mercado a través políticas como el colonialismo exterior, el proteccionismo interior, la represión de los ciudadanos contrarios a los ajustes mercantiles que se sucedieron a lo largo del siglo XIX y primer tercio del XX, y finalmente el surgimiento de regímenes, como el nazismo, que facilitaron la reproducción del capitalismo por vías extraeconómicas a costa de la eliminación de cualquier atisbo de democracia.

Finalizado antes de que concluyera la Segunda Guerra Mundial, *La gran transformación* no pudo incorporar en su relato de la “gran violencia” las apocalípticas consecuencias de las distintas salidas políticas a la crisis liberal que comenzó su andadura en 1873 hasta la hecatombe desatada a partir del colapso bursátil de 1929. Sin embargo, Polanyi había mirado hacia el pasado anglosajón en busca de explicaciones sobre los orígenes históricos de la devastación experimentada en el seno de la Vieja Europa para descubrir y denunciar la mistificación de una autobiografía, la de la economía política, que se iniciaba con el recorrido triunfal del mercado como forma natural de regular la vida productiva de los ciu-

dadanos y cuyo epígono debía ser la organización mercantil de la totalidad del orden social, tras el alumbramiento de una “sociedad comercial” cuyo cemento sería el intercambio constante entre múltiples individuos interesados en maximizar sus preferencias (Hirschmann, 1999). Ahora bien, la incursión polanyiana en el pasado no se detuvo en una narración alternativa en torno a los *Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (subtítulo de *La gran transformación*). Pese a las carencias de su formación historiográfica, el húngaro se vio obligado a retrotraerse todavía más en el pretérito con el fin de desestabilizar la metafísica de la economía política que, pese a los desbarajustes del capitalismo provocados por Primera Guerra Mundial y debido a la amenaza socialista tras el triunfo de los soviets en Rusia, llevaba tiempo tratando de recuperar la ortodoxia del mercado autorregulador a través de la actualización, de la mano del también austríaco Ludwig von Mises (1881-1973), del pensamiento liberal de la Escuela de Viena.

Adviértase que en 1927 Von Mises había publicado una de las obras más influyentes del neoutilitarismo en la Austria de entreguerras, *El liberalismo*, un libro cuya influencia vino a internacionalizarse gracias a su siguiente trabajo, *La acción humana*, editado en 1949 y bien surtido de enunciados categóricos sobre la naturaleza indefectiblemente utilitarista del ser humano. De manera que no es de extrañar que Polanyi se sintiera compelido a adentrarse en un pasado más remoto, en un pretérito donde poder demostrar la ausencia no sólo de la economía como esfera relativamente autónoma de la sociedad sino también de un imaginario colectivo que reivindicara la posibilidad de construir semejante artificio. Este fue el origen del capítulo cuarto de la obra de 1944, “Las sociedades y los sistemas económicos”, un capítulo donde el húngaro reflexiona sobre las sociedades precapitalistas y que se inicia con uno de los comentarios más críticos de los que abundan en *La gran transformación* contra la figura de Von Mises, al que Polanyi acusa de repetir –incluyendo en el paquete al estadounidense Walter Lippmann (1883-1974)– los anacronismos del padre de la economía política, Adam Smith (1723-1790), especialmente la idea de que todo intercambio de bienes y servicios está guiado por una conducta basada en la ganancia individual (Polanyi, 2003: 92)⁵.

El libro de 1944 no sería la última ocasión en la que el húngaro criticara esta naturalización del comportamiento humano: en textos posteriores escritos durante su exilio estadounidense, especialmente en *Comercio y mercados en los imperios antiguos*, libro colectivo publicado en 1957, y en su obra póstuma *El sustento del hombre*, de 1977, Polanyi tuvo ocasión de abundar en ejemplos históricos donde se podían constatar transacciones en las que el beneficio no era la motivación principal de las partes implicadas, ejemplos en los que el mercado no había operado como un sistema independien-

⁴ Sobre la construcción del concepto y materia de la Historia Universal, véase Guha, 2003: 45-78.

⁵ Otras referencias a Von Mises en Polanyi, 2003: 72, 197, 236, 250, 255, 286-87 y 350.

te de otras instituciones sociales. Sin embargo, en este crucial capítulo de *La gran transformación* ya demostraba que, pese el relato evolucionista de la vieja historia conjetural nacida en el mundo académico escocés a finales del siglo XVIII y según la cual el progreso civilizatorio occidental consistía en la sucesión de etapas teleológicamente dirigidas a fomentar la supuesta propensión natural de los humanos al comercio la conducta transaccional hegemónica entre los europeos había sido hasta tiempos muy recientes semejante a los comportamientos que la tradición etnográfica consideraba propios de las sociedades “primitivas”. Según Polanyi, “*la economía humana está sumergida por regla general en las relaciones sociales de los hombres*”, lo que implicaba que las motivaciones basadas en la reciprocidad intersubjetiva y la redistribución intracomunitaria habían generado duraderas y hegemónicas maneras de intercambiar. O puesto en otros términos, se podía afirmar que las actividades productiva y distributiva europeas habían estado hasta finales del siglo XVIII “incrustadas” (*embedded*) en otras instituciones sociales no fundadas en el beneficio comercial, hecho que desestabilizaba el relato de la economía política según el cual la historia de la Vieja Europa equivalía a la narración mitológica de un mercado que se abría paso, lenta pero inevitablemente, marcando el camino hacia la emancipación de la economía frente a la sociedad y el Estado.

La concurrencia entre el conocimiento etnográfico, precedente sobre todo de las investigaciones de Bronislaw Malinowski (1884-1942) y Richard Thurnwald (1869-1934), y el conocimiento histórico adquirido en el exilio británico de Polanyi fue crucial en la desestabilización del símil entre civilización occidental e intercambio capitalista, así como del relato que la economía política se había dado a sí misma en relación con los antecedentes históricos del mercado autorregulado antes del supuesto triunfo del capitalismo en el siglo XIX. La autobiografía liberal quedaba así en entredicho. Sin embargo el utillaje histórico-hermenéutico del húngaro, si bien fue suficiente para poner en jaque el sesgo mitológico de la narración sobre el surgimiento y triunfo de la economía política, no bastó para poner de relieve la radical alteridad de la Vieja Europa y lograr así un mayor extrañamiento con respecto a los lugares familiares de los europeos de entreguerras. Pues, ¿qué mejor artificio para desestabilizar los lugares comunes de la economía política que enfrentar a Europa con un relato alternativo sobre su pasado? Para dar cuenta de la persistencia de conductas impulsadas por la reciprocidad y la redistribución, Polanyi había empleado ejemplos etnográficos de sociedades de la Melanesia occidental o de África occidental; pero para evidenciar la longevidad de tales conductas sólo consiguió remitirse a algunos ejemplos históricos sobre Babilonia, Egipto o China, lo que le impidió llevar hasta sus últimas consecuencias el programa de elaborar una interpretación del pasado europeo como un lugar extraño a partir del cual desestabilizar un presente todavía dominado por la narrativa y las categorías de la economía política.

Hay una evidencia en *La gran transformación* y la obra posterior de Polanyi que confirma este extremo: la escasa reflexión que dedica en el cuarto capítulo de *La gran transformación* a la tercera conducta ajena a la producción y distribución para el mercado, esto es, la “conducta doméstica”. A este tercer principio, consistente “*en la producción para el uso propio*”, Polanyi apenas consagra dos páginas en su obra más importante, a pesar de reconocer que estaba destinado a desempeñar “*un gran papel en la historia*”. Tan sólo nos informa de que tal principio ya había sido objeto de atención entre los griegos, recibiendo el nombre de *oekonomía* y siendo su mejor exponente teórico el mismísimo Aristóteles. Por la cita que aparece en las notas del capítulo IV, introdujo esta noción a partir de su conocimiento de las reflexiones hechas por el alemán Karl Bücher (1847-1930), profesor de la Universidad de Leipzig, y cuya obra, *El surgimiento de la economía nacional* -publicada en 1893-, había tenido una gran repercusión en el mundo germánico entre los críticos de la economía de mercado. Es muy probable que el abandono polanyiano de este tercer principio tuviera que ver con la creciente crítica que la antropología –especialmente la americana, de la mano, por ejemplo, de Melville Herskovits (1895-1963)- estaba dirigiendo contra la identificación bücheriana entre *oekonomía* y “autosuficiencia doméstica”, identificación que simplificaba hasta el extremo –y contra las crecientes pruebas fácticas- las intensas relaciones de intercambio que se habían detectado en las sociedades precapitalistas. O incluso puede que Polanyi acabara considerando la *oekonomía* como un conjunto de saberes y prácticas de la Antigüedad que no habían producido formas de intercambio especialmente particulares y duraderas, dignas de formar parte de su proyecto más ambicioso de desnaturalizar las transacciones basadas en el beneficio.

Lo cierto es que Polanyi abandonó en su obra posterior toda reflexión sobre esta forma histórica de articular las transacciones de bienes y servicios justo cuando su conciudadano del desaparecido Imperio Austrohúngaro Otto Brunner, representante de la mejor tradición historiográfica germana, emprendía una minuciosa investigación histórica sobre la Vieja Europa en la que la *oekonomía* se erigiría en pieza central de una narrativa que postulaba la ajenidad del pasado con el propósito de desestabilizar las categorías iuscivilistas de la economía política⁶. Y es que para el historiador austriaco, el *oikos*, junto con otras instituciones como el *Herrschaft* (el señorío) o la *Fehde* (autoprotección)⁷, fue institución clave en la constitución interna que imperó en Europa occidental desde el siglo XI hasta finales del XVIII y en la que reside la auténtica alteridad de un pasado en el cual

⁶ Las reflexiones sobre Otto Brunner desarrolladas en este artículo son deudas de las que el historiador Alonso Troncoso hiciera en los años 1993 y 1994 (Troncoso: 1993 y 1994).

⁷ Se suele traducir el término *Fehde* como “venganza” o “guerra”; pero suscribo la traducción (“autoprotección”) hecha por Alonso Troncoso, por cuanto es más sensible a las lógicas sociales que operaban en su práctica (Alonso Troncoso, 1993).

ni la economía y la política podían ser aprehendidas como esferas autónomas, de la misma manera que las categorías iuscivilistas resultaban inapropiadas para dar cuenta de la especificidad de aquellas formas, para nosotros, extrañas de intercambiar bienes y servicios.

Escasamente conocido por los historiadores españoles y prácticamente ajeno a nuestros científicos sociales, Otto Brunner encarna la mejor tradición hermenéutica del historicismo germano pero sin los prejuicios que el fundador de la historiografía profesional, Leopold von Ranke (1795-1886), siempre mostró hacia las mutuas transferencias entre humanidades y ciencias sociales (Juliá, 1989: 1-12). Tanto su primera gran obra, *Land und Herrschaft* (Tierra y poder, 1939), como sus dos últimos trabajos, *Adeliges Landleben* (Vida rural nobiliaria, 1949) y *Neue Wege der Sozialgeschichte* (Nuevos caminos de la historia social, 1956/68), tenían como objetivo elaborar una *Volkgeschichte* o una *Strukturgeschichte*, esto es, una historia social que rompiera las barreras entre humanidades y ciencias, permitiendo fértiles intercambios epistemológicos y metodológicos⁸.

Brunner, como Polanyi, contaba por tanto con la mirada interdisciplinar pero, a diferencia de este, disponía de superiores habilidades hermenéuticas para desestabilizar los lugares comunes de la economía política y su interpretación legitimadora del pasado. Si Polanyi se aproximó al pretérito para denunciar la violencia epistémica que se escondía bajo el relato misticador en torno al nacimiento de la economía de mercado, el acercamiento brunneriano se centró en descifrar el mundo devastado por aquella violencia y en denunciar el pésimo entendimiento, por parte de la mayoría de los historiadores y científicos sociales, de la gramática con la que los “viejos europeos” habían dado sentido a sus relaciones con los hombres y las cosas. El proyecto brunneriano –articulado en la *Begriffsgeschichte* o historia conceptual– es pues una apuesta por contextualizar críticamente los conceptos, despojándolos de la semántica anacrónica procedente de los relatos de la economía política, relatos que paradójicamente se habían enraizado en la historia social procedente de la izquierda, ya fuera del marxismo, ya de la Escuela de Annales.

Los tres libros publicados desde 1939 fueron un desafío tan agudo como polémico contra la dogmática decimonónica con la que los historiadores y científicos sociales de la talla de Georg von Below (1858-1927), Otto von Gierke (1841-1921), Heinrich Mitteis (1889-1952), Otto Hintze (1861-1940), Ferdinand Tönnies (1885-1936) o Max Weber (1864-1929) habían interpretado el pasado europeo. Se trata de autores a partir de los cuales Brunner abre una fructífera línea de crítica hermenéutica a las categorías científicas a las somete a una profunda historización. Por cierto, una crítica que es extrapolable incluso a la obra polanyina pues su noción de *embed-*

dedness entre instituciones extraeconómicas y mercado premoderno está pensada con pares de categorías modernas – Estado/mercado, privado/público, economía/sociedad, individuo/comunidad– que entorpecen la comprensión de los formatos de incrustación en la Vieja Europa y debilitan el proyecto polanyiano de reivindicar la extrañeza del pasado, no como alteridad proyectiva, esto es, como mero prolegómeno del triunfo de la economía de mercado –baluarte de la historia conjetural escocesa o de la Escuela Histórica representada en Bücher–, sino como alteridad constitutiva. Esta es la grandeza de la propuesta brunneriana.

El punto de partida de este reclamo de radical otredad fue la investigación sobre el *Herrschaft*, publicada en 1939. Según la interpretación de Brunner, los europeos se pensaron desde el siglo XI hasta finales del XVIII como *personas, corporaciones o comunidades* (no había por entonces individuos) dotadas de derechos, costumbres y privilegios inspirados en un orden trascendental. Era dentro de este orden de pluralidad de corporaciones yuxtapuestas e interactuantes donde tenía sentido el ejercicio del *Herrschaft* o el poder entendido como preservación del orden establecido en cada corporación, un poder que se reconocía en quienes tenían la capacidad militar para restituir derechos conculcados (*Fehde*) o la capacidad jurídica para resolver controversias o dictar preceptos generales inspirados en un espacio normativo trascendente.

Brunner sostenía que esta noción de *Herrschaft* no sólo daba sentido al señorío laico o eclesiástico; se extendía también hacia abajo, esto es, a las ciudades y aldeas, de manera que a menudo los ayuntamientos urbanos y rurales enseñoreaban sus respectivas comunidades, entendidas estas como entramados de micro-corporaciones campesinas y artesanas que se vinculaban y reconocían mutuamente a través de lazos de reciprocidad. Y por supuesto se aplicaba también a los principados y reinos: el poder supremo del príncipe era reconocido como cabeza del cuerpo político del reino siempre que garantizase “principalmente” –sin estar supeditado a potestad superior– el equilibrio de la diversidad corporativa, conservando el derecho y las costumbres de las distintas partes constitucionalmente autógenas.

La semántica del *Herrschaft* se inscribía pues en una cultura de carácter jurisdiccional para la cual el poder político consistía en la resolución de controversias sobre la conservación de derechos y costumbres conculcados –una vez escuchadas las partes y dictada sentencia– y en el establecimiento de la *lex* a partir de un campo normativo trascendente; una cultura jurisdiccional para la cual era compatible la pluralidad corporativa con la unidad monárquica como garante principal del equilibrio entre una multitud de *personae fictae* que disfrutaban de derechos y costumbres y que, a su vez, podían estar capacitadas para “decir justicia”. Según Brunner un mudo así, de *communitas communitatis*, donde la soberanía no era sinónimo de centralización ni de unificación del espacio político, difícilmente era traducible a las categorías del iuscivilismo sobre las que se asienta una cultura bien diferente, la

⁸ Los títulos completos de las tres obras brunnerianas aparecen en el apartado bibliográfico de este artículo con las traducciones que he considerado más accesibles al público español.

estatal o legal, basada en la innovación de la ley y su consumación, *inaudita parte*, de la mano de la institución que legisla, esto es, el Estado (Garriga: 2004, pp. 13-44 y Agüero: 2007, pp. 19- 58). La dispersión social del *Herrschaft* ponía así en evidencia el anacronismo moderno consistente en forzar la separación epistemológica entre Estado y sociedad civil para las sociedades premodernas europeas, poniendo a Europa ante un pasado lleno de ajenidad.

Desautorizada así la distinción entre sociedad civil y Estado para el pretérito europeo, restaba todavía desacreditar por la vía de la investigación hermenéutica la extrapolación a la Europa de antes de finales del siglo XVIII de una esfera económica autónoma. Este fue el empeño del libro de 1949, dedicado casi en exclusiva a trabajar un concepto, *oecología*, cuyos orígenes teóricos no sólo se encuentran en el libro I de la *Política* o en la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, como sostenía Polanyi, sino en una larga lista de obras griegas como la *Erga* de Hesíodo o el *Oikonomikós* de Jenofonte, y cuya longevidad y eurocentrismo se podían rastrear hasta los inicios de la época contemporánea.

El estudio de Brunner, centrado en la obra *Georgica curiosa*, escrita en 1682 por un miembro de la típica aristocracia rural austríaca, el barón von Hohberg, revela que la producción y distribución de bienes y servicios de la Europa premoderna sólo es inteligible a partir de la noción de *oikología*, entendida esta como conjunto de saberes y técnicas que abarcaban todo lo que hoy conocemos como sociología, economía, ética, pedagogía... y que orientaba la gestión multifacética de la casa (el *oikos*), fuera esta la casa señorial, la casa campesina, la burguesa o la artesana. Contemplada desde la perspectiva de la obra de 1949, Europa había sido pues un territorio poblado por micro-unidades orgánicas dentro de las cuales la alteridad se difuminaba a la sombra de la totalidad y en donde el *dominus* tutelaba el interés del conjunto, administrando el patrimonio de todas sus partes constitutivas, desde la esposa e hijos hasta los criados y esclavos, pasando por allegados y parientes políticos. Dentro de cada *oikos* el *pater familias* disfrutaba de una capacidad ejecutiva inaudita para una autoridad jurisdiccional, no estando sometido a “*la exigencia formal de una instancia contradictoria*” (Agüero, 2007: 50).

Ni el señorío fundiario ni la casa campesina ni el taller artesanal eran, por tanto, empresas de derecho privado y de carácter económico enfrentadas a un Estado titular de poderes públicos. La casa era unidad socioprofesional y jurídico-política por cuanto todas sus actividades -incluidas la producción y distribución- concurrían en una única dirección: conservar y proteger la corporación, gobernando personas y cosas para asegurar la reproducción del *oikos*. La lógica de tutela sobre la corporación doméstica no sólo implicaba sacrificar a algunos de sus miembros sacándolos incluso el seno de la comunidad -basta pensar en los hijos segundones-, sino también gobernar cualquier actividad que pudiera arriesgar la reproducción del conjunto. La *oecología* fijaba estrictamente relaciones de reciprocidad y relaciones de

redistribución entre sus miembros -aquellas que Polanyi considera para otras sociedades extraeuropeas- y guiaba la lógica de las transacciones hacia el exterior. El *oikos*, en suma, no presuponía autosuficiencia sino vocación autárquica: ante la carencia de algún bien o servicio fundamental para la reproducción era lícito el intercambio mercantil, incluso el beneficio comercial si este tenía como propósito la reproducción de aquella unidad de paz. El pasado europeo no reflejaba la antinomia aristotélica entre *oecología* y *crematística*; simplemente ponía de manifiesto que durante siglos la mayoría de su población había despreciado formas profesionalizadas de comercio basadas en el lucro que pudieran ser contrarias a las distintas maneras de reciprocidad en las que se sustentaba el orden social.

Brunner abundaría aún más sobre el concepto de *oecología* en sus textos de 1956-68. Pero ya en 1949, había dejado claro que la constitución interna de la Vieja Europa no podía ser traducida a partir de los pares categóricos del iuscivilismo imperante entre los historiadores y científicos de su época. No era posible encontrar allí una economía escindida de la política sencillamente porque ni el señorío ni la casa eran empresas de derecho privado que definieran la esfera autónoma del Estado y de la sociedad. Las transacciones de bienes y servicios estaban “incrustadas” en la *oecología*, la cual establecía pautas de conducta comercial que iban más allá del mero beneficio mercantil. Frente a la economía política y su crítica, la interpretación del austríaco ponía en evidencia la alteridad constitutiva de una Vieja Europa que había transaccionado y mucho; aunque de extraña manera.

2. Convertir en extraño lo familiar.

La historia económica presupone el concepto moderno de economía y el de una sociedad de cambio, separada del Estado y contrapuesta a él; presupone por consiguiente los conceptos de moderna ciencia económica.

Otto Brunner, 1956

Contempladas en conjunto, no cabe duda de que la interpretación brunneriana de la Vieja Europa y la narración polanyiana de su destrucción se complementan para desestabilizar la autobiografía mítica del liberalismo en la que aún estamos atrapados. Para empezar resulta llamativo que la supuesta prehistoria de la economía política no fuera un universo sumido en guerras privadas, producto de la anarquía precontractual disgregadora donde, de acuerdo con el relato hegemónico, no era posible la institucionalización de un mercado aurregulado. Según la interpretación realizada por Brunner sobre la constitución interna premoderna, la *Fedhe* ponía en entredicho la idea de una violencia prejurídica, sinónimo de pulsión asocial e instintiva que según la economía política remitía a una suerte de estado de naturaleza. Por el contrario, la *Fedhe* estaba limitada por un orden constitucional cuya condición sine qua non era la existencia de

multitud de jurisdicciones jerarquizadas y yuxtapuestas, de espacios de paz y de reconocimiento de derechos y costumbres que era el *Herrschaft*. La acción de reparación o castigo requería una justificación jurídica basada en la inculcación previa de tales derechos o costumbres. El resto era guerra injusta o bandidaje.

Y produce extrañamiento contrastar la violencia premoderna, limitada prepolíticamente según la creencia en un orden de inspiración divina y subordinada a las reglas de la cultura jurisdiccional que requería escuchar a las partes concernidas, con la violencia arbitraria de la que nació el capitalismo hasta volverse, según el análisis polanyiano, violencia sistémica. Y es que, como desvela la interpretación del húngaro, la creación de una “economía nacional”, esto es, la “desincrustación” del mercado de la sociedad y el consiguiente encumbramiento moral de formas de transacción sustentadas en la maximización de beneficios privados, exigió el surgimiento sincrónico de una institución, el Estado, cuyas decisiones, arbitrariamente tomadas y unilateralmente consumadas, se encaminaron a dismantelar, con una violencia sin parangón en la historia europea, todas las relaciones alternativas de transacción de bienes y servicios que no se basaran en la lógica del cálculo coste contra beneficio. De manera que, antes que referir a un espacio nacional en el cual opera un mercado cuya autorregulación pudiera incluso desterrar al propio Estado, tal y como siguen anhelando algunos liberales radicales, Polanyi nos sorprende al desvelar el significado profundo del adjetivo “política” como sinónimo de violencia aplicada a construir y mantener una esfera de apariencia autónoma: la economía.

Causa también perplejidad descubrir el origen del concepto economía, que el fisiócrata francés François Quesnay (1694-1774) naturalizara hasta el punto de hacernos creer que siempre hubo una esfera separada de la sociedad –la economía–, cuya historia consiste en el constante crecimiento de las transacciones basadas en la maximización de intereses privados. Hoy sabemos que procede de la categoría de origen griego *oekonomía*, una categoría que durante siglos hizo inteligibles para los viejos europeos longevas relaciones de intercambio de bienes y servicios orientadas por deontologías de reciprocidad y redistribución que daban lugar a formas hegemónicas de comercio sin mercado formador de precios. La Vieja Europa fue, por tanto, un territorio donde se produjo y consumió en el marco significativo del *oikos*, entendido este como una unidad en la que se hallaban “incrustados” lo socioprofesional y lo jurídico-político.

Y si la Vieja Europa había carecido tanto de una esfera económica autónoma dominada por señores o campesinos cuyo dominio extrajurisdiccional pudiera ser comparado al del empresario, como de una esfera estatal ajena a los requerimientos procesales de la cultura jurisdiccional, entonces las categorías de la economía política resultan hermenéuticamente deficientes para traducir su ajenidad.

En este sentido, si la lectura de Polanyi permite descubrir el surgimiento histórico de una diferenciación institucional, esto es, el Estado y la sociedad civil, la interpretación de Brunner nos reencuentra con el desdoblamiento, correlativo al del Estado y Mercado, de las ciencias humanas antes concentradas en la ética –que comprendía la *política* y la *oeconómica*–, esto es, la ciencia política, la sociología y la economía política. Es en este punto donde, especialmente, el estudio de Brunner vuelve a sorprender al lector en su afán por contextualizar críticamente los conceptos y denunciar la ahistoricidad de las categorías con las que la economía política relató su autobiografía creando una narrativa plagada de anacronismos que no reconocía la otredad del pasado europeo salvo como alteridad proyectiva o defectuosa.

Sorprende además la influencia que la concepción proyectiva del pasado precapitalista y las categorías iuscivilistas de la economía política ejercen incluso sobre el paradigma historiográfico más crítico con el liberalismo, esto es, el marxismo. Basta un mínimo recorrido en torno a la producción histórica del materialismo histórico a partir de los años 30 para evidenciar esta incapacidad para trascender la gramática liberal, como se evidencia en la persistente imputación a las clases sociales de la racionalidad instrumental que la economía política asigna a los individuos; o en la asunción de que la economía es una esfera autónoma y cambiante que determina las distintas formas de “superestructura” estatal e ideológica, una teoría que, por cierto, contribuyó –junto con su desencanto hacia el socialismo autoritario– a que Polanyi se alejara definitivamente del marxismo que conoció muy de cerca durante su exilio británico. Como antecedente cabe destacar que el acercamiento de Karl Marx (1818-1883) a la sociedad europea premoderna –articulado en los *Gundrisse*– procede de una inquietud semejante a la que se puede rastrear en *La gran transformación*, a saber: explicar los orígenes del capitalismo y denunciar la violencia del proceso de “acumulación originaria”. Por su parte, la oleada de escepticismo de los años 30 afectó a la mirada marxista hacia ese pasado si bien para reafirmar una filosofía de la historia para la cual las crisis son indicios del cumplimiento de una escatología secular. Y si bien es cierto que, frente a la interpretación de la economía premoderna como mero prólogo del capitalismo, el marxismo salido de la Segunda Guerra Mundial comenzó a dar tímidos pasos en la reivindicación de los estudios medievales, pocas veces llegó a romper con la narrativa de la “transición al capitalismo” donde la Vieja Europa ocupaba un lugar subalterno.

En 1946, por ejemplo, un economista británico, Maurice Dobb (1900-1976), miembro del Partido Comunista desde 1920, publicaba sus *Studies in the Development of Capitalism*, un libro que según el historiador más medievalista del paradigma materialista, Rodney Hilton (1916-2002), era más bien una obra “de un economista marxista que se ha familiarizado con la bibliografía

histórica disponible en la época” (Hilton, 1980:11)⁹. El libro era en realidad consecuencia de una investigación publicada en la Europa de entreguerras, *Political Economy and Capitalism. Some Essays in Economic Tradition* (1937), con el fin de criticar la teoría neoclásica y en la que Dobb había explicitado la consigna de repensar la relación entre la práctica y la teoría marxistas para hacer frente al avance capitalista: “el mundo se desgarró por la lucha que las masas desposeídas sostienen contra las fuerzas atrincheradas del capital monopolista: Si la verdad ha de buscarse en la práctica y si esta ha de inspirarla, el economista no puede permanecer indiferente a semejantes problemas ni como economista ni como ciudadano” (Dobb, 1966: 227). Pues bien, a partir de la publicación en 1946 de sus *Estudios*, obra cuya inspiración no eran los *Gundrisse* sino el volumen III de *El Capital*, se desataría un intenso debate entre economistas e historiadores marxistas a través de la publicación en el seno de la revista de ciencias sociales *Science and Society* de una serie de artículos que en 1977 serían compilados y prologados por Hilton en un libro cuyo título, *The Transition from feudalism to Capitalism*, es bien ilustrativo del lugar subsidiario que el pasado precapitalista ocupaba en la teoría de la historia del marxismo, y cuyo contenido está plagado de categorías procedentes del positivismo jurídico con el que la economía política tradujo el pasado desde el siglo XVIII. Como señalaría el propio Hilton en su introducción, el acercamiento hacia el pasado previo al capitalismo tenía que ver con “las precondiciones medievales para el desarrollo del capitalismo” (Hilton, 1980: 13), de manera que incluso la guerra feudal, central en la reivindicación de la alteridad constitutiva del pasado en historiadores como Brunner o Marc Bloch (1886-1944)—cofundador de la francesa Escuela de Annales—, quedaba subsumida en la gran teoría histórica del marxismo, esto es, la lucha de clases, ocupando la función de motor necesario para el nacimiento del capitalismo¹⁰. En suma, más alteridad proyectiva, si bien ahora considerada como larguísimo prólogo al surgimiento de la sociedad comunista¹¹.

Por último, llama la atención que los orígenes de la reivindicación de la alteridad constitutiva en las formas vetero-europeas de intercambio se encuentren más bien en el pensa-

miento radical-conservador que caracterizó Europa Central tras 1918 y cuya crítica antiliberal adquirió en el mundo académico la forma de una profunda contestación a los conceptos naturalizados del iuscivilismo. Europa central fue el territorio donde nació la *Begriffsgeschichte*, esto es, una historiografía para la cual la reconstrucción de los paradigmas conceptuales del pasado fue un imperativo epistemológico que suscribieron historiadores como Otto Brunner o Werner Conze (1910-1986) y que luego, despojada de sus tintes conservadores, se extendería hacia tierras anglosajonas de la mano de Quentin Skinner (1940-) o John G.A. Pocock (1924-). Únicamente en el entorno de las anomalías del Imperio Austro-húngaro tiene sentido la crítica emprendida por Brunner contra los términos iuscivilistas empleados no sólo por la historia económica, sino por la historia política historicista, especialmente el concepto Estado. Y es que para un germano que vivía en una provincia checa dentro de un imperio multicultural, el concepto de Estado no era sinónimo de nación. Más bien, era una institución política de corto recorrido histórico al que precedía la nación, entidad a cuya reconstrucción histórica debía dedicarse todo esfuerzo científico.

El contexto intelectual de producción historiográfica de la crítica de Brunner es pues el de la *Volkgeschichte*, es decir, el proyecto de reconstrucción del pasado pangermánico que se inició con el historiador reaccionario Wilhelm Heinrich Rielh (1823-1897) para luego actualizarse en la obra de historiadores críticos con el Tratado de Versalles como Adolf Helbok (1883-1968) y Hermann Aubin (1885-1969). Todos ellos reivindicaron una interpretación histórica en la que las comunidades germánicas aparecían como ejemplos de formas de autogobierno sin intervención estatal así como unidades de producción y distribución no dependientes del mercado. Era una forma de expresar su disconformidad con el mapa estatal diseñado en Versalles, que redibujaba las fronteras de territorios germánicos incluyéndolos en Estados no germánicos, y de protestar contra los lazos disolventes del mercado. Fue este contexto el que condujo a Brunner a publicar *Land und Herrschaft* en 1939, a apoyar un año antes el *Asnchluss* con la Alemania nazi y finalmente a afiliarse al NSDAP, un partido cuyo eclecticismo con respecto a la economía política y su decidida promoción de la ruralidad eran más que suficientes para atraer la adhesión de algunos historiadores antiliberales germanos (Van Horn Melton, 2002).

Así pues, una de los empujes más potentes de reivindicación de la alteridad constitutiva de la Vieja Europa se inició en un entorno cultural alentado por el *Kulturpessimismus* antiliberal y anti-urbano de entreguerras, siendo su figura más representativa el alemán Carl Schmitt (1888-1985), cuya obra crítica contra la constitución de la República de Weimar, *Der Hüter der Verfassung* (Tubinga, 1931), fue citada en alguna ocasión por el propio Brunner (Van Horn Melton, 2002). Contemplada desde esta perspectiva, podría argumentarse que la interpretación realizada por el austriaco

⁹ Parecida es la opinión de Hilton sobre el principal oponente de Dobb en la polémica marxista sobre los orígenes del capitalismo, Paul Sweezy (1910-2004), a quien consideraba “un estudioso marxista del capitalismo contemporáneo [que] se aventura en el terreno de la historia económica medieval tomando como base trabajos de segunda mano debidos a historiadores no marxistas”. Hilton (1980: 11). Habría que esperar hasta 1950 para que el propio Hilton, junto con Hyman Fagan, publicara una investigación histórica en la que el Medievo ganaba terreno como objeto de estudio por derecho propio: *The English Revolt of 1381* (Hilton, 1950).

¹⁰ Bloch publicó en 1939, el mismo año en el que Brunner sacaba a la luz su *Land und Herrschaft*, una de las obras maestras del medievalismo moderno: *La société féodal* (Bloch, 1987).

¹¹ La interpretación proyectiva del pasado precapitalista se mantuvo incluso cuando al debate sobre la transición se incorporaron historiadores no marxistas a partir de la publicación en la revista *Past and Present* del artículo del historiador norteamericano Robert Brenner (1943-), “Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe”. La controversia se publicó finalmente en 1985 en forma de libro con el título *The Brenner Debate* (Aston y Philpin, 1988).

sobre el pasado europeo fue simplemente producto de la imaginación de un pangermanista que desconfiaba de la autoridad centralizada y, a la vez, del liberalismo, y que anhelaba un orden social basado en la ruralidad y en la mutua dependencia entre sujetos jurídicamente desiguales. Nada que objetar a la idea de que el tiempo del pasado es el presente, sobre todo cuando el presente de Brunner -como el de Polanyi- estuvo tan extremadamente ideologizado. Sin embargo, la historia también es diálogo con el pretérito y hay que reconocer que el austríaco entabló un diálogo con la Vieja Europa particularmente sensible con su alteridad, con una metodología que ha disfrutado de una enorme continuidad en paradigmas historiográficos como la historia cultural o la historia postsocial cuyos orígenes no son precisamente conservadores. Su apuesta por historia conceptual, junto con Manfred Koselleck (Koselleck, 1993), ha demostrado una sensibilidad hacia la historicidad de los conceptos y de los imaginarios colectivos que sacan los colores a los recurrentes monólogos de la vieja historia social (Cabrera, 2005).

En cuanto a la interpretación resultante de esa sensibilidad hermenéutica, hay historiografía suficiente para avalar la constitutiva alteridad del pasado europeo y la ajenidad de sus formas de transaccionar bienes y servicios al margen de mercado autorregulado. Sin ir más lejos, hay todo un elenco de historiadores del derecho en la Península Ibérica que han recogido el relevo de aquella historia constitucional, entendida como historia de la estructura constitutiva de un orden social concreto, incidiendo en la crítica al paradigma iuscivilista y estatista heredado del liberalismo decimonónico y actualizando algunos de los más desafiantes enunciados brunnerianos, entre ellos, el que afirma que en la Vieja Europa -y ahora podemos incluir la Península Ibérica- las transacciones sólo adquirirían sentido en un entramado cultural atravesado por la *oeconómica* católicamente interpretada, esto es, concebida desde una gramática sagrada -la gramática de la *caritas*- que convertía los distintos actos de intercambio en acciones moralmente orientadas (Clavero, 1991 y Hespanha, 1993)¹².

Las interpretaciones de Brunner nos interpelan para que reconozcamos la otredad del pasado más allá de la alteridad proyectiva de los relatos construidos desde la economía política y que todavía subyacen en buena parte de la historia económica, venga de la mano del neoutilitarismo o del materialismo histórico. Su obra es, por consiguiente, un buen complemento al proyecto polanyiano dirigido a desmontar la épica inherente a la utopía liberal. Ni el pasado de la Vieja Europa es un prólogo de la economía de mercado ni el pre-

sente de la Europa tal y como la conocemos en este mismo instante es su ineludible epígono. Por el contrario, la Vieja Europa es un lugar ajeno, constituido como estaba por un orden social donde el mercado no era una institución hegemónica sencillamente porque la *oeconómica* producía transacciones inter e intra comunitarias en las que la motivación fundamentada en el beneficio comercial fue sistémicamente secundaria durante siglos. Desde esta perspectiva, “la gran transformación” polanyiana fue un proceso comparativamente breve en el que, al tiempo que se iba creando el Estado, este ponía en marcha toda su violencia ejecutiva al servicio de la destrucción de los pilares culturales de aquel mundo extraño, creando una esfera social específica, la economía, que pronto se convertiría en objeto de estudio por parte de un saber humano también en proceso de escisión.

Ahora bien, el desafío del trabajo de Brunner no fue simplemente destacar la otredad radical de aquel pasado, sino sobre todo utilizar aquel pasado para confrontar a la Europa supuestamente liberal con su propia precariedad histórica, colocando a los europeos ante la excepcionalidad del sistema de mercado y consiguientemente provocando una incómoda sensación de extrañamiento frente a nuestros lugares comunes. Ciertamente que Brunner, como otros centroeuropeos de su época cuyo referente principal fue Otto von Guericke, miró hacia aquel pasado con cierta nostalgia, como si el mundo pangermánico pudiera reconstruirse con el material de derribo de la Vieja Europa (Miller, 2002). En su descargo quizá quepa recordar que en tal mirada no fue monopolio del ideario conservador germánico y que en el pensamiento del propio Marx subyace una constante evocación melancólica a la *Gemeinschaft*, a un comunismo donde fuera dominante la comunidad inmediata y transparente. La *Carta a Vera Zassoulitch* es el ejemplo más acabado de esta nostalgia de la comunidad como lugar de extinción de lo político y lo económico, lo que a su vez pone de manifiesto la profunda deuda del pensamiento socialista del siglo XIX con la economía política de la centuria anterior, para la cual la sociedad civil debía ser una sociedad inmediata a sí misma (Rosanvallon, 2006:194).

Con todo, como correctivo a tales evocaciones nostálgicas está esa gran obra del pensamiento occidental que es *La gran transformación*. Porque si bien Polanyi dirigió su mirada hacia los orígenes de la autobiografía de la economía política con el fin de enredarla en su ineludible devenir y se adentró más allá, en las sociedades “incrustadas”, para demostrar la peculiaridad de la economía de mercado, su respuesta al capitalismo salvaje que había conducido a Europa al borde del abismo no fue superar la sociedad individualista moderna a través de un retorno a una sociedad holista. Su apuesta fue más bien por limitar significativamente el mercado como asociación dominante a través de la recomposición moral de las individualidades.

Quizá pueda reprocharse a Polanyi su relativo desconocimiento del contexto intelectual del origen de la economía política y su fuerte apego a la interpretación articulada a fina-

¹² Un investigación fundamental sobre la interpretación católica de la economía occidental es la de Todeschini, 2002. Hubo en la Vieja Europa formas de articulación del intercambio *oeconómico* cuya gramática no sólo fue sagrada sino también vecinal. A este respecto, véase Izquierdo Martín, 2001.

les del siglo XVIII por la Escuela Escocesa, la interpretación más difundida en la Europa de influencia germánica paradójicamente gracias a la crítica de uno de sus mejores conocedores, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), el cual acuñó en sus *Principios de la filosofía del derecho* el término “sociedad civil” para referirse a la idea de “nación” como mercado de Adam Smith. La economía política con la que dialogó el húngaro era la que se había desarrollado lentamente a ambos lados del Canal de la Mancha ante el “desencantamiento” del mundo, la consiguiente emancipación de la política de la religión y la aparición del debate sobre la institucionalización y funcionamiento de la sociedad. Fue en este contexto de discusión de la filosofía moral y política donde surgió la representación económica de la sociedad, cuya versión más acabada fue formulada por Adam Smith, tanto en la *Teoría de los sentimientos morales* como en *La riqueza de las naciones*, y según la cual la economía realizaba el orden social por medio del “sentimiento de utilidad”, esto es, a través de intercambio interesado de bienes y servicios entre individuos¹³. Según esta interpretación, la sociedad se equiparaba a un mercado cuya formación debía estar fomentada por el Estado, para una vez cumplida la función histórica de este, desaparecer, dejando paso a una sociedad despolitizada donde la administración de las cosas sustituyera al gobierno de los hombres.

Polanyi, por tanto, no conversa con la primera formulación de economía política desarrollada por Antonine de Montchrétien (1575-1621) entendida como una forma de aritmética política para el saber y el poder del Estado. Pero tampoco pierde el tiempo en dialogar con las reformulaciones de la economía política que durante los siglos XIX y XX habían tenido lugar en Europa tras el desencanto de un presente preñado de violencia que negaba sistemáticamente la existencia de un mercado autorregulado y que desvelaba el carácter utópico del liberalismo. Como ya se ha señalado, no hay duda de que el húngaro conocía algunas de las múltiples revisiones de la economía política inglesa debido ya no sólo a su cercanía política al socialismo, sino sobre todo a su rechazo a la tradición crítica de la Escuela Austríaca de Economía. No obstante, para Polanyi la literatura económica de su época no estaba erosionando el trasfondo epistémico de la economía política clásica y el conjunto de categorías iuscivilistas bajo las cuales se reprimía la trágica realidad del capitalismo de su época. Para él, las nuevas interpretaciones de la economía política, como la escuela neoclásica o el marginalismo, eran apaños cada vez más complejos elaborados con el fin de reparar paradójicamente los desajustes de la supuesta autorregulación del mercado; consideraba que aquellas reinterpretaciones sólo realimentaban el uso del liberalismo como ideología que amparaba, bajo el ideal del intercambio interesado de bienes y servicios como cemento

¹³ La ausencia de un hiato entre las dos obras más importantes de Smith ha sido demostrada por Rosanvallón (Rosanvallón, 2006:46-47).

último de la sociedad, un aumento exponencial de la desigualdad entre individuos y colectivos.

Puede que para muchos ciudadanos que convivieron con Polanyi y Brunner en la primera mitad del siglo XX la economía política clásica, nacida antes del triunfo del capitalismo como explicación secularizada del origen y funcionamiento de la sociedad, hubiera dejado de ser una ciencia global y unificada. Muchos ciudadanos del presente siglo pensarán del mismo modo. Con todo, el capitalismo salvaje de nuestros días sigue pensándose a partir de algunas de las categorías básicas con las que se articuló el liberalismo utópico del XVIII manteniendo con él una relación que no se reduce al mero empleo instrumental de una ideología que oculta la oscilación reproductiva del capitalismo entre el intervencionismo y la desregulación.

De ahí la importancia del legado que ambos pensadores nos dejaron para desestabilizar la profunda “incrustación” de las categorías naturalizadas de la economía política clásica en todas las esferas de lo social. Y es que, si no desestabilizamos los conceptos iuscivilistas, seguiremos pensando en sus supuestos como verdades ahistóricas o como inevitables puntos de llegada. Continuaremos atrapados en categorías binarias como sociedad civil-Estado según la cual la primera es el reino de los individuos interesados, cuyas relaciones se articulan a partir de una única racionalidad, la utilitaria, y la segunda es una organización pública cuya principal función es garantizar prioritariamente el derecho natural de dichos individuos a intercambiar bienes y servicios, pues la experiencia demuestra –eso dicen algunos– que el exceso de política económica conduce inevitablemente a crear mercados ineficientes. Es precisamente el dominio de estas representaciones binarias las que una vez más vuelven a reprimir la realidad haciéndonos creer que la presente crisis mundial procede de la deuda *pública*, cuando más bien tiene que ver con el galopante endeudamiento *privado* incentivado por las *políticas* de desregulación de los mercados de capitales; o llevándonos a pensar que la actual ofensiva contra-cíclica está propiciada sólo desde los *mercados*, sin prestar la atención debida a las *políticas* de creciente mercantilización social que están siendo aplicadas por instituciones *públicas* nacionales e internacionales en esta “economía de casino” en la que se ha convertido el capitalismo desregularizado (Dierckxsens, 2003: 177-191).

Y es que, pese al tiempo transcurrido desde su elaboración antes del triunfo del capitalismo y pese a las revisiones que ha experimentado en estos dos últimos siglos, la economía política clásica continúa ahí, seduciendo con su representación económica del mundo, con su insistencia en que, prescindiendo del afecto en nuestros intercambios interpersonales y cimentando nuestros vínculos en el smithiano “sentimiento de utilidad”, el desarrollo social puede alcanzar su grado óptimo. Por eso quizás haya llegado la hora de desnaturalizar la polaridad sociedad civil/Estado, no para retornar al momento previo a la emancipación de la política frente a la religión que luego daría lugar a la autonomización de

la economía frente a la política, sino para desestabilizar a través del pensamiento histórico la fundamentación naturalista del principio de utilidad que supuestamente rige la sociedad civil y que debilita los vínculos afectivos que también articulan nuestros intercambios cotidianos. Desnaturalizar la polaridad sociedad civil/Estado abre las puertas a imaginar algo así como una *sociedad política* en la que las individualidades se recomponen a través de una multiplicación de asociaciones locales, temporales y transversales, con numerosas interdependencias y racionalidades que restringen el mercado como formato de asociación hegemónico¹⁴. En suma, desnaturalizar la polaridad sociedad civil/Estado implica desestabilizar una ideología económica que desde los albores de la modernidad alimenta nuestra relación reprimida con la política y desde ahí hacer frente a las mutuas y ocultas “incrustaciones” entre la economía anti-cívica y la política re-mercantil del “mundo de hoy”.

¹⁴ El concepto “sociedad civil” es parte de la respuesta de la crítica poscolonial al pensamiento binario occidental. Véase, Chatterjee, 2008.

Bibliografía:

- AGÜERO, A. (2007): "Las categorías básicas de la cultura jurisdiccional", en M. Llorente Sariñera (coord.), *De justicia de jueces a justicia de leyes: hacia la España de 1870*, Madrid, Consejo General del Poder Judicial, pp. 19-58.
- ALONSO TRONCOSO, V. (1993): "Otto Brunner, en español, y los estudios clásicos (I)", *Gerión*, 11, pp. 11-36.
- ALONSO TRONCOSO, V. (1994): "Otto Brunner, en español, y los estudios clásicos (y I)", *Gerión*, 12, pp. 11-44.
- ASTON, T.H. y PHILPIN, C.H.E. (eds.) (1988): *El debate Brenner. Estructura de clase agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica.
- BLOCH, M. (1987): *La sociedad feudal*, Madrid, Akal.
- BRUNNER, O. (1939): *Land und Herrschaft. Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte Österreichs im Mittelalter*, Viena (Traducción al inglés: *Land and Lordship: Structures of Governance in Medieval Austria*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1992).
- BRUNNER, O. (1949): *Adeliges Landleben und Europäischer Geist. Leben und Werk Wolf Helmhards von Hohberg, 1612-1688*, Otto Müller, Salzburgo (Traducción al italiano: *Vita nobiliare e cultura europea*, Bolonia, Il Molino, 1972).
- BRUNNER, O. (1968): *Neue Wege der Verfassungs- und Sozialgeschichte*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht (Traducción al español: *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*, Buenos Aires, Alfa, 1976).
- CABRERA, M.A. (2005): *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Valencia, Cátedra.
- CHATTERJEE, P. (2008): *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI-CLACSO Ediciones.
- CLAVERO, B. (1991): *Antidora. Antropología católica de la Economía moderna*, Milán, Giuffrè.
- DIERCKXSENS, W. (2003): *Del neoliberalismo al poscapitalismo. La construcción de alternativas más allá del neoliberalismo a partir de Seattle*, Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.
- DOBB, M. (1963): *Economía política y capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GARRIGA, C. (2004): "Orden jurídico y poder político en el Antiguo Régimen", *Istor. Revista de Historia Internacional*, 16, pp. 13-44.
- GUHA, R. (2003): *La historia en el término de la Historia Universal*, Barcelona, Crítica.
- HESPANHA, A.M. (1993): *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- HILTON, R. y FAGAN, H. (1950): *The English Rising of 1381*, Londres, Lawrence and Wishart.
- HILTON, R. (ed.) (1980): *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica.
- HIRSCHMAN, A.O. (1999): *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, Península.
- JULIÁ, S. (1989): *Historia social/sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI.
- IZQUIERDO MARTÍN, J. (2001): *El rostro de la comunidad. La identidad campesina en la Castilla del Antiguo Régimen*, Madrid, Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid.
- KOSSELLECK, R. (1993): *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos históricos*, Madrid, Paidós.
- MILLER, P.N. (2002): "Nazis and Neo-stoics: Otto Brunner and Gerhard Oestreich Before and After the Second World War", *Past and Present*, 176, pp. 144-176.
- MORENO FELIU, P. (2011): *El bosque de las Gracias y sus pasatiempos. Raíces de la antropología económica*, Madrid, Trotta.
- POLANYI, K. (2003): *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ROSANVALLON, P. (2006): *El capitalismo utópico. Historia de la idea de mercado*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- TODESCHINI, G. (2002): *I mercanti e il tempo. La società cristiana e il circolo virtuoso della ricchezza fra Medioevo ed Età Moderna*, Boloña, Il Molino.
- VAN HORN MELTON, J. (2002): "From Flok History to Structural History: Otto Brunner (1898-1982) and the Radical-Conservative Roots of German Social History", en H. Lehmann y J. Van Horn Melton (eds.), *Paths of Continuity. Central European Historiography from the 1930s to the 1950s*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 263-292.
- ZWEIG, S. (2001): *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Madrid, El Acanalado.